

Rafael Martínez de Zurgai



Tres adioses para un silencio

A Eduardo Apodaca.

I - Casa

El algodón de las sábanas no entendía
tu murmullo y miraba con asombro
cómo tus palabras
se manifestaban sobre el papel en blanco.
Estaban poco atentas las letras del libro,
manchas a ritmo de tormentas.

El calor de la mañana no acudía.
El aire permanecía, pero tú no respirabas
te ahogabas en la sed.
Nadie pudo verte rezar a la muerte.

Hacia qué nuevas órbitas huyeron
tus mundos en busca del camino.
Regueros que en tus mejillas dejaran
filamentos de un sueño entrecortado,
versos como sogas que ataran tus pasos.

Después de la tortura, dónde te has escondido,
que ni la lluvia mantiene la humedad de tus pisadas.
Perdure al menos la gota de tus ojos.
Cuánto frío atravesando los poemas.

Quién hará crujir la tarima,
quien leerá sus canciones al silencio.

Te fuiste como un aroma de agua.
Tu huida fragmentó el hilo y nadie sintió el vacío,
contigo cruzó el suspiro de un alma hacia el abismo.

II – Ciudad

El sedimento de tus pies pobló las alamedas.
Tu casa era una ciudad cerrada
cuyas calles transitabas.
Tu silencio castigaba sus secretos.

Para olvidar el agua recogiste ciegas nubes,
curvas de siete calles para bordear la ría,
hebras de limo para otear el mar.

Para comprender al cielo,
asomado a la ventana, miraste al interior.
Bilbao ignoraba tu nombre.

El resto era extranjero
y habitaba en los libros.

Como tú.

III Monte

Depositaste en el suelo el escudo
y te alejaste sabiendo
que a los animales pacíficos
el frío les llega por la espalda.

Envuelto en tus creencias,
pesada carga de residuos,
y ya entrada la noche
echaste al monte tu rebaño.

Las esquilas esparcían algodones secos
y éstos, agazapadas en la complicidad,
retenían el viento en las laderas
para que tú, jinete de a pie
pudieras escuchar los cascos del caballo.

Por caminos recorridos
atravesabas las respuestas de la inexistencia.

Llevabas al silencio por cayado
y en los ojos una luz de ausencia.
Llegaste al prado más elevado de la montaña
e inmerso en soledad, te supiste sólo.

Te sentaste frente al paisaje
permitiendo pacer a los recuerdos,
para que respiraran libremente sus secretos
a través de la lágrima.

Hoy has subido a la cima nuevamente
para estar aún más en soledad
compartiendo su luz con tu derrota.

